

nario, y prefirió darle una forma nueva más poderosa, por lo mismo que era menos fiel a la tradición. No se olvide que su propósito es siempre, ya lo he dicho, encarnar lo simbólico y mitológico en lo concreto y humano. Pero el lector no llega a la conclusión de que se trata de la madre de Fernando, Ana María, por simple deducción lógica. Hay varias indicaciones en la novela.

La sustitución de la madre por la hija se explica por el parecido. Mi madre era «igual a mí», dice Alejandra a Martín [131]. Tanto es así que Bruno también estuvo enamorado de Alejandra hasta que comprendió «que era su madre Georgina a quien había querido» [467]. Pero lo más curioso es lo que le dice Bruno a Martín más adelante. «Ana María, madre de Fernando, era hermana de Patricio Olmos [padre de Georgina] ¿entiende? De modo que Fernando y Georgina eran primos carnales y además, y este dato es *importantísimo*, Georgina se parecía asombrosamente a Ana María» [468]. ¿Por qué ha de ser importantísimo ese dato? Porque el parecido explica lo que ocurre: Fernando transfiere la «pasión enfermiza e histérica» que siente por su madre [478] a su prima Georgina, y más tarde a su propia hija, «en quien evidentemente», como dice María Angélica Correa, «busca a su propia madre» (47). Su madre es, según Bruno, la única persona a quien Fernando quiso [478].

Algo parecido le pasó a Bruno, para quien Ana María se convierte en una segunda madre cuando éste pierde la suya a los dos años. Pero no es sólo un amor filial lo que siente Bruno. La voz de Ana María producía en él «una sutil voluptuosidad» [479]. Cuando de adolescente juegan los cuatro al escondite, Fernando, Bruno, Georgina y el Bebe, todos entre los once y doce años, Fernando se las arregla para que Bruno, *ciego* por la oscuridad total del cuarto, encuentre a Georgina. «Una absurda emoción agitaba mi corazón como si estuviera al borde de un *secreto temible*» [489], dice Bruno. Cuando encuentra y toca a Georgina, «como vergonzante caricia», Bruno interpola que Georgina se parecía ya mucho a Ana María. La caricia le parece vergonzante porque al tocar a Georgina, Bruno piensa, sin duda, en Ana María. Fernando, el instigador de aquel simulacro de juego, comete vicariamente, en la persona del aterrorizado Bruno, la transgresión que él mismo ansía. El juego prefigura el incesto que tendrá lugar más tarde.

No son éstos los únicos indicios que demuestran que el incesto es maternal. El afecto que siente Bruno por Ana María lo convierte

(47) María Angélica Correa: *Genio y figura de Ernesto Sábato*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2.^a edición, 1973, p. 118. Stephens y Vázquez-Bigi: *Lo arquetípico...*, p. 356.

en rival de Fernando. En efecto, un día al borde del arroyo donde solía bañarse, Fernando ataca a Bruno con un cortaplumas, porque Ana María, agradecida, había besado a Bruno «con pasión». El lugar donde ocurre este incidente es más curioso que su rivalidad. Cuando Fernando está a punto de descubrir el misterio central de la existencia, se derrumba sin fuerzas en el agua. Esto le trae a la memoria ese arroyo donde solía bañarse y ¡donde solía bañarse su madre! [428-29]. No creo que quepa duda que se trata de la madre, menos por analogía con el complejo edípico que con los mitos relacionados con el origen de la humanidad. Es también como madre más que como hija que Alejandra comete ese asesinato ritual de Fernando, pues es la madre y no la hija la que, como la tierra, da y quita la vida. Es la «madre terrible». Por eso su unión con ella es para Fernando «su comienzo a su fin» [438]. Según la enseñanza hermética «regresar a la madre» significaba morir (48). Su prostitución alude también a la diosa madre y virgen que no pertenece a nadie, por lo que es virgen, y que pertenece a todos, por lo que es madre prostituta (49).

Tratando de analizar la compleja personalidad de Fernando, Bruno dice que siempre pensó «que en él habitaban varias personas» [465]. Acostumbraba a pasar del ascetismo más duro a la lujuria más desenfrenada y, con los animales, de la más despiadada crueldad (recuérdese el incidente del gorrión al que pincha los ojos) [477] a la más incompatible ternura. Es un ser superior, por encima de la ley, un espíritu satánico, un demonio, con una frenética energía para la destrucción y una fuerza magnética que subyuga a los demás, como la del sacerdote de un culto tenebroso. Tiene inclinación por las mujeres o muy jóvenes o ya algo maduras, y mantiene relaciones con la madre y la hija Szenfeld al mismo tiempo. Es un espíritu morboso que sufre alucinaciones, ausencias, pesadillas y desdoblamientos, lo que le impide dirigir su banda de asaltantes y terroristas anarquistas, pero sin fines políticos. Se relaciona con pintores y artistas durante su estancia en París, y escribe sus memorias, el informe. Todo esto nos dice Bruno sobre Fernando. Su propósito, al escribir, es descubrir «el secreto central de nuestra vida» [428], el mismo que Sábato, al escribir la novela, según lo declara en las palabras preliminares [7]. El título de la novela pudiera ser *Informe sobre héroes y tumbas*.

Es difícil comprender que algunos lectores hayan creído que el «Informe sobre ciegos» debiera formar narración aparte. «Eso es un

(48) Erich Neumann: *The Great Mother. An Analysis of the Archetype*, Princeton University Press, Bollingen Series XLVII, 1963, p. 149, y Cirlot: *Diccionario...*, pp. 202-03.

(49) Erich Neumann: *The Origins and History of Consciousness*, Princeton University Press, 3.ª edición, 1973, p. 52.

disparate», le dijo Sábato a Lorenz. «No solamente no es sacable del conjunto, sino que, a mi juicio, es el nudo, el núcleo central, la parte más significativa de la novela» (50). En efecto, Fernando es el lado nocturno de la novela, y sin él, ese pequeño mundo de personajes no reflejaría el conflicto humano y metafísico en que se debate el mundo más amplio de la nación. Si el hombre es un ser dual desde que dejó de ser animal sin convertirse en dios, como dice Bruno [521], la Argentina es como «dos naciones en el mismo país» desde que conquistó su independencia [217]. La novela, por lo tanto, propone una «solución» (51) que tiene aplicación en el plano personal y en el plano nacional. En el plano nacional, los que tuvieron algunas de las características de Fernando, como Rosas y Perón, se elevan sobre las limitaciones de su patria y de su tiempo «a menudo catastróficamente» [466], pero son argentinos, y todos los argentinos tienen algo de Rosas y Perón en ellos. No es posible ignorarlos.

Martín, pensando en Alejandra, en su naturaleza contradictoria, piensa en «Perón y Rosas, pues en aquella muchacha descendiente de unitarios y sin embargo partidaria de los federales, en aquella contradictoria y viviente conclusión de la historia argentina, parecía sintetizarse ante sus ojos todo lo que había de caótico y de encontrado, de endemoniado y desgarrado, de equívoco y opaco» [217]. Martín representa esa «solución» ante la desgarrada y contradictoria historia argentina. Su inmersión en esa historia, en su relación con Alejandra (que recoge la herencia india), en su identificación con el alferez Celedonio Olmos (la inglesa), en su amistad con D'Arcangelo (la italiana), le permite dolorosamente efectuar la armonización de contrarios en la que se halla esa «solución» política. Alejandra le «parecía como si ella fuera la patria» [217], que es «infancia y madre, hogar y ternura; y eso no lo había tenido Martín» [217] y es lo que le niega, contradictoriamente, Alejandra. Martín también busca una madre, una patria, y no la encuentra en Alejandra. Sufre un desengaño atroz, pero ese desengaño lo madura, como lo hacen siempre las crisis. Su solución no es vengarse de Alejandra, de Bordenave, de Molinari y demás canallas que encuentra en su vida. De la armonización de contrarios en el plano personal se nos invita a pasar a la reconciliación política (52).

(50) Lorenz: *Diálogo...*, p. 85.

(51) Escribo «solución» entre comillas, porque esta solución de que hablo no tiene nada que ver con la solución de un problema matemático. Quizá hubiera sido mejor escribir Solución, con mayúscula, teniendo en cuenta lo que Sábato dice sobre las mayúsculas, minúsculas y comillas (*Apologías...*, p. 114).

(52) «Las bases de la reconciliación nacional» han de ser: 1. Comprensión del pueblo. 2. Un nuevo sentido para la palabra libertad. 3. Los sindicatos a los trabajadores. 4. Ni venganzas ni persecuciones. 5. Reconocimiento de que todos hemos sido culpables. 6. Respeto por el antiperonista.

Sábato no ha dejado en duda nunca lo que pensaba y piensa sobre Perón. «Un entusiasta epígono de la doctrina nazi y de sus métodos», «un empirista sin escrúpulos», responsable de la «tiranía más execrable», «aliado de ladrones y asesinos», «un resentido social... lleno de odio por los valores espirituales», es decir, el lado oscuro de Fernando (53). Sin embargo, el obrero peronista que ayuda a una señora de la burguesía antiperonista a salvar una imagen religiosa (¡la Virgen de los Desamparados!) con una sencillez y bondad sólo comparable a la de Hortensia, Bucich, Tito, o el sargento Sosa, toda gente sencilla, del pueblo, prueba que no se debe condenar a todos los peronistas por muy mal que se piense de Perón mismo. También en otro lugar pone Sábato otra escena conmovedora: dos indias que lloran en una antecocina de Salta después de la caída del tirano. «Muchos millones de desposeídos y de trabajadores derramaban lágrimas en aquellos instantes, para ellos duros y sombríos» (54).

Lo que Sábato piensa de Rosas tampoco deja lugar a dudas, y no creo que sea «efectos de la mitología escolar promovida por los unitarios» (55). Que Fernando y Alejandra sean los únicos federales en una familia de unitarios no puede tener otro sentido que el de pertenecer, como el Sangriento Tirano, al lado oscuro de la nación. En *Abaddón* también se establece un vínculo entre Rosas y un personaje, Soledad, que tiene, en aquella novela, algunos de los atributos más tenebrosos atribuidos en ésta a Alejandra y Fernando. Soledad es descendiente de Rosas, se parece a él, y «tiene los mismos ojos grisverdosos, la boca apretada y la misma expresión autoritaria» (56), rasgos en los que también se reconoce a Alejandra. Con Soledad tiene también lugar un monstruoso ayuntamiento sexual en el que ella adquiere los atributos de una fiera devoradora. Una descendiente, pues, del Sangriento Tirano tiene en *Abaddón* el papel de la madre terrible que hemos atribuido a Alejandra en esta novela. La relación de estos personajes con Rosas no puede tener otro significado que el atribuir a éste algunos de los rasgos de aquéllos.

«Aceptar la vida es aceptar la existencia del Mal», decía Sábato más recientemente (57). «Un pueblo no puede resolverse por el dilema civilización o barbarie. Un pueblo será siempre civilización y barbarie, por la misma causa que Dios domina en el cielo pero el Demonio en la tierra» (58). La relación de Martín y Alejandra demuestra la

(53) Sábato: *El otro rostro...*, pp. 23, 24, 26 y 58.

(54) Sábato: *El otro rostro...*, p. 40.

(55) Sábato: *Abaddón...*, p. 271.

(56) Sábato: *Abaddón...*, pp. 415 (y 272).

(57) Sábato: *La robotización...*, p. 34.

(58) Sábato: *El otro rostro...*, p. 58.

posibilidad de una unión, por efímera y frágil que aquella fuera, entre dos seres radicalmente opuestos. Es el racionalismo imperante, los «doctores», los que han propagado esa visión dilemática de la compleja realidad política. «Esta postura nos ha impedido comprender no solamente el fenómeno peronista sino también nuestros grandes caudillos del pasado» (59). El conflicto humano y el nacional se diferencian en extensión. «La criatura humana ansía el orden y la decencia, pero también se muere por el caos y la destrucción. ¡Cuánto ha costado y seguirá costando la incomprensión racionalista por esta doble faz de la condición humana!» (60). Martín y Alejandra pueden ayudarnos, creo yo, a sufrir menos, gracias a la claridad de Sábato, el escritor, que aspira (modestamente) a ser, como Bruno, salvador (doloroso) del destino colectivo.

SALVADOR BACARISSE

15 Queen's Gardens
St. Andrews
Fife KY16 9TA (INGLATERRA)

(59) Sábato: *El otro rostro...*, p. 44.

(60) Sábato: *El otro rostro...*, p. 25.